

## PREFACIO

DE LA PRIMERA EDICION.

Por muy alentadora que para mí haya sido la benévola acogida que el público ha dispensado á los *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, no fué pretension de autor la que me impulsó á componer esta segunda obra que hoy le ofrezco; sino mas bien un justo sentimiento de mi inferioridad respecto al hombre eminente que me ha dado ocasion á ello. No intentaba yo consagrar algunas páginas á la discusion del escrito publicado por Mr. Guizot, el mes de Noviembre último, al frente de la compilacion de sus *Meditaciones y Estudios Morales*, escrito reproducido en los principales periódicos, y cuyo recuerdo conservan todos; pero cuando hube llenado este designio, calificué de presuncion mia el haberme limitado con Mr. Guizot, á las formas necesariamente estrechas y directas de una polémica, y comprendí que al atreverme á oponer un sentimiento al de un hombre tan superior, no habia de bastarme una simple contradiccion; comprendí que era preciso alcanzar su perdon á fuerza de razones, y que para contrabalancear todas las ventajas personales de tal adversario, necesitaba emplear contra él todas las de la verdad.

Esto me condujo á un desarrollo complementario y justificativo de mi pensamiento, no bajo forma de dis-

cusión sino de exposición, tratando siempre de contener ese desarrollo en una medida que de él hiciese una dependencia directa de mi primer trabajo.

Pero obedeciendo desde luego á aquel sentimiento primitivo, pronto lo fui abandonando hasta perderlo de vista; porque es la Verdad tan grande y tan magnífica, que una vez en contacto con ella, aunque solo intenteis tomarle un poco y despues abandonarla, no os deja sin colmaros con sus larguezas; y estas son tan opulentas que del todo cambian la condicion del ser enriquecido. De pobre y débil que era, conviértese en rico y poderoso, y sin olvidar su insuficiencia personal, debe á la Verdad hacer valer las ventajas que de ella ha recibido, y publicarlas con seguridad.

A consecuencia de esa relacion fecunda y vivificadora con la verdad de mi asunto, mi relacion con Mr. Guizot ha tomado otro aspecto, y se han trocado las proporciones de mi designio. Al exámen de su escrito, objeto único, ó al menos principal de mi intencion primitiva, se ha seguido una manifestacion que constituye la obra principal, y ante la cual el exámen se halla en puesto secundario. He debido sin embargo conservarlo en el rango honorífico á que lo destinaba su objeto, encabezando con él la obra, de la que es muy natural y verídica introduccion.

Tal es la ocasion á que debe la existencia este libro.

El objeto final que me he propuesto, es el mismo que Mr. Guizot: salvar la sociedad de la última consecuencia del error: ¡la muerte! Para conjurar peligro tan soberano, Mr. Guizot ha concebido el medio y emitido el voto de que todas las comuniones protestantes y el Catolicismo, por muy divididas que se hallen entre sí y con nste sobre el objeto de la fé, por muy opuestas que sean en cuanto al principio, se ponen de acuerdo para hacer causa comun contra el Socialismo. Este espe-

diente, el mejor que la doctrina de Mr. Guizot pudo permitir á la nobleza de sus intenciones, me ha parecido, no solamente quimérico sino tambien funesto, y era deber mio poner de manifiesto la ilusion y el peligro, y proponer como lo he hecho, lo que sirve en todo caso para conjurar un mal, que es buscarlo desde su principio y oponerle el remedio. El principio del mal social es el error; su remedio es la Verdad. Para salvar la sociedad, lo primero es salvar la Verdad; porque así se le salva la vida.

Y digo la Verdad, considerando que las verdades no faltan en nuestra época, antes abundan como los restos de un gran naufragio arrojados y vueltos á recobrar por la tempestad de las playas del Océano. Se mezclan estas verdades, se cruzan, se chocan, formando una anarquía de verdades; pero la Verdad íntegra y soberana, la Verdad principio, á la que deben naturalmente referirse y subordinarse todas las verdades, LA VERDAD en una palabra, es lo que falta, ó es mas bien á lo que nosotros faltamos; no obstante que la salvacion solo se compra al precio de esa Verdad.

Sin decir aún dónde se halla la Verdad, manifestaré que solo reinando ésta podrá salvarse la Sociedad, en lo cual difiero del sentir de Mr. Guizot.

La razon es poderosa. ¿Por qué se muere la sociedad, segun confesion de todos, si no es por falta de autoridad, por consuncion, pérdida de su principio? ¿Y en quién reside este principio, de un modo incontestable, con autoridad, si no es en la Verdad y solo en la Verdad?

Luego es preciso antes de todo restablecer la Verdad, si se quiere restablecer la Autoridad.

Véase tambien la consecuencia del sentimiento de Mr. Guizot, que solo podemos enunciar aquí; pero que lo espondremos mas adelante: como no admite la Ver-

dad soberana en una manifestacion que la realiza, tampoco admite un principio soberano de autoridad en el mundo; no admite la Autoridad, él que tanto la ha practicado y tales esfuerzos ha hecho por comprenderla. Solo admite la autoridad circunstancial y contingente, que se mueve al grado de los tiempos y de las revoluciones entre el despotismo y la licencia, participando del uno ó de la otra, cuando en el uno ó en la otra no encalla completamente; es decir, que no admite mas que fenómenos de autoridad en vez de la Autoridad sustancial, sin la que estos fenómenos carecen de quien los autorice, y no pasan de ser combinaciones facticias y aventuradas de la política humana.

La preocupacion constante de ese espíritu elevado, á quien no falta mas que la plena libertad de ejercicio en el seno de la verdad, es la de poner en salvo los derechos de la libertad, constituirse en su tutor celoso contra la autoridad, y recíprocamente, segun las circunstancias, sin lograr conciliarlas. ¡Como si la verdadera autoridad y la verdadera libertad pudiesen nunca ser rivales! ¡Como si la una se limitase por la otra! ¡Como si ambas no se ayudasen para su desarrollo, penetrándose recíprocamente! Esta verdad es demasiado desconocida, entre tantas verdades, y nos proponemos hacer que no lo sea.

Mas para comprender esa relacion de penetracion que existe entre la autoridad y la libertad, para comprender tambien el principio de su existencia, fuerza es admitir la Verdad, sin la que no puede haber autoridad ni libertad; y para admitirla, preciso es reconocerla donde únicamente se halla, en Jesucristo, inseparablemente unido á su Iglesia, como él mismo declaró que lo estaria hasta el fin de los siglos.

La Iglesia no es, segun la opinion del mismo Mr.

Guizot (1) una alta escuela de respeto y autoridad (hubiera podido añadir de libertad) sino porque halla en ella la Verdad misma y única; porque esta Verdad la eleva, y hace que uno sea tanto mas libre cuanto mas la reconoce y se le humilla; pues con esta sumision se participa de su independencia.

Al levantar el Protestantismo contra la Iglesia el estandarte de la rebelion, ha atentado contra el mismo principio de la autoridad y de la libertad en el mundo; dado que, bajo su influencia, cesó la verdad única, es decir, todo lo que tenia autoridad en sí, todo lo que nos la podia comunicar, y con esto cesó la libertad, que es sobre todo la autoridad del hombre sobre sí mismo. Quedó el poder sin autoridad, sin libertad la sugesion, y todo se redujo á un conflicto creciente entre fuerzas ciegas de despotismo y de licencia; conflicto nacido para degenerar en el desmayo y la estincion de toda vida social, al través del caos de sus elementos.

La marcha de accion disolvente del Protestantismo en el seno de la sociedad, es la descripcion que me he propuesto, y tambien mostrar su referencia lógica é histórica con esa barbarie final que llamamos Socialismo; Socialismo, que es el Protestantismo contra la Sociedad, como el Protestantismo es el Socialismo contra la Iglesia.

Dice muy acertadamente Mr. Guizot que solo por la sumision al órden sobrenatural podrá salvarse la Sociedad, alta y sencilla verdad que honra tanto mas á Mr. Guizot, cuanto que al proclamarla pone en riesgo la lógica de su doctrina.

El Protestantismo no es en efecto mas que la falta de sumision al órden sobrenatural; puesto que de ella hace depender la idea de esa razon humana que debe

[1] *Del Catolicismo, del Protestantismo y de la filosofia en Francia.*

sometérsele. Es, por consiguiente, la negacion, y llega á tocar el *Naturalismo*, una de las dos grandes fuentes del Socialismo.—Exponer esta verdad es el objeto de la primera parte de mi trabajo.

Mas no depende del hombre sustraerse al órden sobrenatural y suprimirlo; porque dígase lo que se quiera, este órden existe; lo lleva el hombre ante sí, lo respira, con él se mueve, por él vive; y si lo niega, solo conseguirá pervertir la relacion que tiene con su naturaleza; y si rehusa corresponderse con él por medio del Cristianismo, único en poseer el secreto de ese órden sobrenatural, se espone á precipitarse en el Panteísmo y en el Fatalismo; el *Panteísmo*, la segunda fuente del Socialismo, que antes fué la primera como hoy es la última palabra del Protestantismo.

En este punto reconozco que el Protestantismo es una heregía; puesto que toda heregía se consagraba desde su nacimiento, y por su nacimiento, al Panteísmo, y por consiguiente al Comunismo, que es un Panteísmo social, como el Panteísmo es un Comunismo religioso; lo cual he demostrado de hecho en el exámen de las principales heregías que han figurado en el mundo, y lo que se esplica teórica y admirablemente por medio de esa gloriosa prerogativa de la fé católica, que la hace ser única vía de comunicacion con el infinito, solo puente echado sobre el abismo.—Esta parte de mi trabajo es la materia del segundo libro.

En fin, despues de haber demostrado cómo el Protestantismo, desencaminando á la civilizacion de la vía católica, la ha hecho venir á parar en el Socialismo, por medio del Naturalismo y del Panteísmo, he tenido que conciliar esta verdad con la opinion que tanto tiempo ha prevalecido en los ánimos, de que el Protestantismo habia favorecido y aun determinado el movimiento de la civilizacion moderna, comunicándole un espíritu

nuevo de tolerancia, de libertad, de actividad intelectual y de moralidad. Este trabajo lo habia hecho ya un maestro. Balmes ha hecho para siempre la debida justicia á esa paradoja del Filosofismo contra la Iglesia, y solo me ha tocado referirme á esa bella obra que, por la muerte prematura de su autor, logra ya el sello de la inmortalidad. Siempre he creido poder utilizar algunos materiales que tuve á mano al rebuscar los que habian servido á las partes precedentes de mi trabajo, y así he formado una última parte, en la señalo algunos hechos y trazo algunas advertencias sobre el Protestantismo en sus relaciones con la tolerancia, las luces, la industria y las costumbres, demostrando que el Protestantismo no ha hecho mas que dañar á la civilizacion por su accion directa sobre ella, y que gracias al mismo peligro en que la puso y á los esfuerzos que para salvarla provocó en el seno de la Iglesia, habia podido serle provechoso, dando así lugar á que la Providencia dedujese el bien del mal, para mayor triunfo de la Verdad.

Tal es el plan completo de mi libro.

En cuanto á su conclusion, el mismo plan la presenta naturalmente; pero no obstante, diré algo acerca del fin que al llegar á ella tuve en el ánimo.

No me he propuesto directamente en este libro convencer á los protestantes; porque fio muy poco en el fondo de los libros, en general, para reducir á nuestros hermanos á la fé de sus padres. El Protestantismo es en sí demasiado irracional para que la razon, aunque distinguida en muchos protestantes, sea el móvil por el cual se adhieran á ella. No siendo la union de los protestantes con el Protestantismo un hecho de su razon, el solo raciocinio no ha de poder desunirlos. Cuando las causas reales de esa union, de las que algunas hay honrosas, de las que ninguna lo es tanto como su sacri-

ficio á la Verdad, cuando esas causas llegan á destruirse por la accion de Dios sobre el alma, y por la correspondencia generosa de la voluntad, entonces penetra el racionio; entra como en una plaza abierta que festeja á su guarnicion. Bajo este punto de vista, quizás pueda la lectura de este libro ayudar el trabajo secreto de salvacion que se hace hoy en gran número de buenas almas, y que se revela por medio de tan consoladores arrepentimientos; pero mi deseo aquí es mayor que mi pretension de haber tocado el objeto, y lo he tratado solo como fin secundario.

Y si el objeto principal de este libro no es el de vencer á los protestantes, menos aún será el de vencerlos y triunfar de ellos, lo cual evito con todo el poder de mi alma. No faltará quien lo dude y se crea aludido en mas de un rasgo que pensará le dirige un enemigo. A este lo escusaré deplorando su error. Desde luego, y en obsequio de la verdad, sepa que ninguno de estos rasgos le dañará antes de haberme herido con mas fuerza, á la idea de lo que él sufriria, antes de haber recibido por consiguiente toda la mitigacion que demande su eficacia; y sepa tambien que han sido necesarios todo el imperioso sentimiento del deber, el pensamiento de la salvacion comun y de su interés propio para decidirme á no ser de su agrado.

Pero mas lejos ha ido mi punto de vista al emprender la cuestion. El Protestantismo ejerce afuera de los círculos protestantes una influencia indirecta, como la atmósfera, que ha penetrado en nuestras doctrinas, nuestras leyes, nuestras instituciones y nuestras costumbres. La sociedad, aunque nominalmente católica en Francia, y tambien en el fondo, bajo el aspecto de su antipatía al Protestantismo como culto, ha admitido esa atmósfera como principio filosófico, político y social.

No pudiendo hacérsela aceptar en su estado de naturaleza, se la han hecho tomar en el de disolucion, lo que ha sido tanto mas fácil cuanto que el estado del Protestantismo á eso es á lo que se reduce, á fundirse con todo lo que protesta. Largo tiempo ha llevado consigo al Cristianismo; pero ese Cristianismo, tomado del Catholicismo, disminuido sucesivamente y destruido al fin por el principio contrario que lo contenia, no ha dejado en el Protestantismo mas que ese principio de protesta, de reforma, de revolucion, que estendiéndose, ha llevado gradualmente sus estragos al órden filosófico, político y social, y amenaza hoy poner á la sociedad civil en el estado de caos y subversion á que ya tiene reducidas á las sociedades política, intelectual y religiosa.

Al Protestantismo indirecto es al que muy particularmente me he propuesto combatir por medio de la descripcion; porque es tal que basta recorrer su velo para confundirlo. Sea cual fuere la consideracion personal que yo guarde á muchos protestantes, nunca hubiera llegado al punto de hacerme soltar la pluma en presencia de tan grave mal. Sin embargo, yo no los encauso á ellos, sino al Protestantismo, y no dudo que cuando lo conozcan me perdonarán por lo menos el que lo haya combatido, cuando no sea que de él abjuren; porque lo hice con sus propios sentimientos.

Al hacer ver la relacion innegable del Protestantismo y de todas las heregías con el Socialismo, por esto mismo obtendré un resultado correlativo que deberá hacerse sensible del uno al otro extremo de la obra y que se deducirá de su conclusion: este resultado es la soberana verdad del Catholicismo; su afinidad con la civilizacion. No siendo el Protestantismo y las heregías mas que doctrinas anticatólicas, vienen estas á ser doctrinas antisociales, por la relacion estrecha que hay entre el Catholicismo y la civilizacion. El solo hecho bastaria

para probarlo; de tan infalible modo se reproduce por toda la línea de la observacion; pero la ley de esta observacion, como se verá á su tiempo, es lo mas claro, lo mas lógico que hallarse puede; y la relacion mútuamente confirmativa de uno y otro es una de las pruebas mas nuevas y conmovedoras de la divinidad de la institucion.

A la manera del antiguo atleta que se mantenía firme sobre un disco aceitado, de donde lejos de poderlo arrancar sus adversarios, eran ellos los que perdían el equilibrio, así el Catolicismo, inmutable sobre el resbaloso disco de la doctrina celeste, donde no se mantendría el pié de la razon humana, no solamente ha visto que todas las heregías han caído, al desasirse de él sin poder llevarle tras sí; sino que tambien solo, y no obstante los asaltos, ha sostenido en mas y mas elevacion al mundo.

Hoy el mundo vacila y parece inclinarse hácia la barbárie; porque él mismo ha querido desasirse de la Iglesia; pero hoy todavía, por mucho que de ella diste, cuando lo inminente del peligro le advierte que se estravía, el único brazo fuerte para retenerlo y levantarlo es el de la Iglesia, de la cual puede decirse, como del Dios que la fundara: *Fecit potentiam in brachio suo.*

Por grande que sea el prodigio que nos convence, no puede llegar hasta obligarnos; porque hay algo tan fuerte como Dios, y es nuestro libre albedrío. Dios lo ha querido así para nuestra grandeza y para su gloria, que es igualmente justa en la vida y en la muerte de las sociedades. Si despues de tan claras advertencias pusiésemos el colmo á nuestra infidelidad, él daría término á su prodigio y nos abandonaría á la nada.

Yo, en la pequeña parte que me toca, he osado concurrir á iluminar la sociedad acerca de la solemnidad de esa situacion, que juzgo extrema, pero no desespera-

da. ¡Perdónenme la osadía en gracia de la intencion muy desinteresada que me condujo á tenerla! ¡Prepárense particularmente á perdonármela, cuando vean que apenas justifico la esperanza que yo mismo hice concebir; y dispónganse á tener mucha indulgencia!

¡La reclamo á título de justicia; porque al escribir esta obra solo he podido disponer de la mitad de mi tiempo y de mis recursos! Sobre todo me complazco en esperar, lector querido, un título mas dulce y mas consolador para esta mi insuficiencia que ya tiene dadas sus pruebas: ¡el título de amigo!

~~~~~